

### III

— Papá, gritó Marta batiendo las palmas y corriendo hacia su padre en el soleado jardín ; la madre Machet me dijo que estabas durmiendo y no te pude ir á dar un beso ésta mañana. Después la he ayudado á la madre Machet, ¿sabes? Ya verás el almuerzo.

— ¿Ah sí? ¿Tú sabes ayudar? Pues, ya que has sido buena, nos iremos á pasear toda la tarde; iremos por los bosques y á la orilla del río, y volverás con las manos cargadas de flores, que cogemos entre los dos.

— Ven á ver, papá : he empezado á hacerme un jardín en un sitio donde no había ninguna flor : voy á plantar balsaminas ; y luego Lino, el jardinero, ¿sabes? ese viejo que tiene la cara como una manzana arrugada con los ojillos muy pequeños y relucientes... pues ése me ha prometido semillas de girasol, un peral y un rosal de flores coloradas.

¿Me reñirás porque no te he dicho nada antes? ¡Si vieras cómo me gusta hacer jardines!

— No, hija mía, no me enfado por eso. Creí que no iba á gustarte estar aquí sola conmigo ; pero ya veo que te sabes arreglar. Quiero, sin embargo, que trabajes un poco, también. Te doy vacación hasta mañana, nada más.

Marta se quedó pensativa, adelantando los labios en una mueca de niño triste, que no se atreve á reclamar contra una resolución que siente ser decisiva. Había soltado la mano de su padre y marchaba á su lado rozando con el compás de sus brazos su flotante vestido de grueso paño verde oscuro, sobre el cual asomaba su cara delicada, pálida, sonrosada apenas y nimbada por una áurea espuma de rizos. La rubia cabellera le formaba copepe sobre sus ojos de esmeralda salpicados de chispas, y caía en bucles encuadrando su rostro de muñeca mimosa y pensativa.

— Papá, ¿es que me quieres mandar otra vez á alguna casa triste? ¿á un convento, para que me tengan encerrada? ¡Yo que le decía á la madre Machet que me gustaba tanto estar aquí, entre las flores, contigo, y con los animales, con el perro que ya es muy amigo mío! ¡estar entre las flores y los árboles donde cantan los pájaros!

Dayel escuchaba con delicia la perlada melodía de cristalinas y frescas sonoridades, que derrama-

ban en él las palabras de su hija, atristada un instante ante la idea de ver su alma abandonada entre almas extrañas, entre gentes que no sabrían quererla como él, ni comprender sus deseos y sus caprichos, y á las cuales no se atrevería ella á comunicar las cosas que pasaban por su cabecita, por miedo de que la riñeran.

Dayel veía su vida entrando en una nueva fase, más tranquila y más dulce, exenta de pasión, y muy vacía aún, pero en que la desilusión vendría más tarde y más atenuada : aun quedaban largos años antes que se viese forzado á separarse de Marta, antes que, hecha ya mujer, se hallase madura para el amor y las penas, las engañosas esperanzas y las dolorosas decepciones. Dayel sonrió de verla tan desolada, y, alzándola en brazos hasta la altura de su rostro, en cuyos ojos encendió el placer de verse amado, un fulgor pasajero.

— Seré yo, nenita, le dijo, tu maestro. Yo te enseñaré todo lo que se puede aprender en los libros; y unas hermanas se encargarán de las labores. Así nos distraeremos y nos haremos los dos muy sabios; y tú, para darme gusto, no serás perezosa, y te harás una persona de provecho. No nos separaremos sino mucho más adelante.

— Sí, repuso ella, con la decisión de quien conoce su belleza precoz y su próximo poder; — cuando tenga un novio. Pero le haré que espere.

En el tono en que esto fué dicho vió Dayel nacer en su chiquilla toda la crueldad instintiva de su sexo. Ya dejaba entrever un placer agudo, en el sufrimiento de que ella misma sería causa. El padre volvió á dejar á la niña en el suelo, y la miró. Era verdaderamente bonita, con toda la belleza fina de su madre, la grácil rubia que le había vuelto á él loco.

Se habia sentado en un sillón de paja, bajo un árbol, en el mismo sitio en que tantas plácidas noches se había sentado junto á él Marta, la adorada tan pronto ingrata, en aquellos felices tiempos de coloquios arrullados en la paz nocturna por el susurro del follaje; que acompañaba las palabras de amor murmuradas apenas, la alternada sucesión de quedas voces.

En la niña revivían todas las bellezas amadas, como una miniatura fiel encierra todos los rasgos del original.

El corazón de Dayel latió más violento en su pecho: tuvo miedo, un instante, de recomenzar en espíritu la dura subida de su calvario de amante, miedo de la flagelación intelectual de los recuerdos, y de las tristezas, que hacían más lacerantes y crueles los cuadros entrevistos en las lejanías del pasado, cuadros de voluptuosas horas y de caricias, de que estaba para siempre privado.

Sin temor á que las reminiscencias pudieran

llevarle de nuevo á la triste desesperación de los días traseurridos en la soledad de su hogar vacío, hizo hablar otra vez á la niña, quiso aturdirse con su garrulería de pájaro, ahora que en su cuerpo, fatigado con intensa fatiga, se había despertado ya el espíritu, ahora que no estaba ya ausente de la vida.

Y todos sus rencores, todos sus sueños grises y negros, se fundieron en temor, que crecía en su espíritu á medida que, penetrando más hondamente en el alma de su hija, descubría en ella los embriones de los pensamientos que habían de formar la mujer futura: también ella iba á ser, seguramente, manantial de alegrías que originarían sufrimientos, para los hombres que la amaran.

Quizás la gracia infantil de su Martita sería, en la mujer seductora y perversa, punto de partida de dolores y desesperaciones. Pensaba en las decepciones que iban á causar más adelante aquella belleza, aquellos ojos de pedrería salpicados de oro, aquellos labios atrayentes como frutos tentadores y engañosos para la sed del viajero del amor, aquella esbelta silueta en que madurarían los encendidos frutos de la carne, venenosos para los que, con demasiado ardor y sinceridad, llevan á ellos sus bocas ávidas de placer.

Marta, la niña de los ojos claros salpicados de chispas, le apareció un instante en su grácil be-

lleza, tan parecida á su madre rubia y amable, tan mujer ya, que cerró los ojos, porque sintió girar en su cabeza dolorosas quimeras y recuerdos atezadores de las almas tieñas, vislumbró la imagen de un espectro cuyo soplo le heló la frente, la locura. Felizmente blancas alas de una cofia, encuadrando una cara de anciana, temblequearon ante la entrada de la Casa de las Rosas, y la voz de la vieja criada despertó á Dayel de la alucinación en que flotaban sus extraviadas miradas.

Entró con Marta, la alegre niña, y, sentados uno frente á otro, padre é hija, se pusieron á almorzar, cambiando frases de alegría y proyectos pueriles en que se complacía el cariño del artista, abierta de par en par la ventana sobre el campo radiante de color al sol de mediodía, un espléndido sol de fin de verano.

Toda la tarde estuvo Dayel recorriendo con su hija sitios queridos. Encantaban á la niña las sorpresas que á cada paso les proporcionaba el camino, las negras moras purpuradas por el morado jugo en que se teñían sus rosados dedos, las bellotas que cogía al borde del camino, las bayas de acebo que venían á picotear, en bandadas, entre los espinos, pájaros ávidos y querellosos, ensordeciendo á chillidos, y alzando el vuelo al menor susto, al ruido de las pisadas que los espantaban.

Pasearon á lo largo del río, y Marta se divirtió

en adornarse de nenúfares blancos que Dayel le cogió, y que ella se fué colocando en el pecho del vestido. Engalanada con largas hojas alternadas de plantas acuáticas, tomó el aspecto de una pequeña ninfa surgida del agua murmurante y vagando por la orilla.

La niña se detenía, entusiasmada, á mirar á las arañas, de largas y finas patas negras, andar sobre el agua, rizando apenas el espejo en que se quebraban las cañas al reflejarse en las profundidades, entre las temblorosas algas. Seguía con sus ojos el vuelo de las golondrinas que, á caza de pintadas mariposas, rasaban el agua con sus largas alas.

Sentado en el ribazo y escuchando sin percibir más que la música, las melodiosas armonías que perlaba la voz de la niña, tan parecida á la rubia amada, Juan Dayel recorría con los ojos las riberas, que coronaban, en largas cintas, los matices del ocaso, y las colinas, á trechos verdes, rojas, doradas ó violáceas. Las lejanías grises y azules, en que moría la luz radiante con metálico brillo de cobre, de oro y de plata, le aparecían como una decoración de apoteosis en que se disipaban sus melancolías, arrulladas por las canciones del fin del día, el himno del ramaje remecido, el chirrido de los insectos entre las hierbas, el susurro de la brisa en el follaje; la agonizante canción de los seres y de las cosas, unida á la voz clara de Marta,

su niña, cuya blonda silueta se destacaba sobre el azul del cielo entre los árboles; y en las murmurantes ondas veía reflejada, con borrosos contornos, ondeando á merced del temblor del agua, á la segunda Marta, miniatura más rubia y más delicada aún de la amada que le había vuelto loco.

Al atardecer volvían, silenciosos, en el crepúsculo, más oscuro á medida que se dibujaba mejor la cruz formada por Lisé con sus escasas calles entrecruzadas, entre los árboles medio desnudos. Marta, un poco cansada, continuaba muda; Juan Dayel la miraba á intervalos, y sentía en los ojos apuntar las lágrimas de su dolor reavivado, olvidado por instantes, para volver con mayor fuerza.

Cantó un pájaro, y su voz parecía acompañarles en la marcha á través de la noche. Dayel creyó oír, á través de aquella melodía, la música de su poema de dolor. Al final de las estrofas sonaban dos notas, siempre las mismas, cada vez más suaves, más tristes, más enervantes; dos perlas en treno moribundo, inteligibles para él solo, que oía en ellas, como afirmación desesperada, las palabras del poeta « nunca jamás », palabras que le obsesionaban, que le amenazaban de muerte.

Alzábase en torbellinos la hojarasca, para caer de nuevo en el polvo del camino: y á cada hoja que pisaba, al andar, con áspero susurro, parecíale

destruir una alegría de sus felices tiempos, un recuerdo del radiante pasado, fijo en su memoria para eternidad de su dolor, para agonía de sus esperanzas en el frío y la negrura de su irremediable soledad, poblada por el fantasma de la querida rubia, de quien había quedado viuda la hermosa casita, la Casa de las Rosas.

---

## IV

Por entonces aparecieron en los periódicos innumerables sueltos, relativos al regreso de los exóticos amantes : la rubia y el poeta habían vuelto; se los había visto juntos en el teatro y en los restaurantes donde comían con frecuencia, uno frente á otro. Y chistes y frases corrían por el bulevar, zahiriendo al abandonado músico : « Un ruiseñor que conserva la frente serena », afirmaba Verdet, el mordaz impresionista y caricaturista de subido color.

Antoc se había cansado de correr con Marta países extraños, de prolongar aquel éxodo novelesco y bohemio á través de los desiertos radiantes de color, entre el arcaísmo de las viejas ciudades orientales ; de las pintorescas telas de su traje de jeque atezado y las sonoras frases de sus admiraciones. Bastante había desempeñado ya el papel de jefe bárbaro robador de una beldad rubia ; bas-

tante se había disfrazado á sí mismo, mahometanizándose, entrando en la piel del personaje que se había creado, que había sentido surgir de sus remembranzas sobre los orígenes orientales que él mismo se atribuía.

Roberto Antoc no podía vivir sino en sucesivas encarnaciones: había sido vagabundo, profesor, poeta y dramaturgo, bohemio sencillamente, comediante; durante algunos años había cambiado de empleo, representando el papel de marido ordenado y buen padre de familia. Luego había vuelto á hacer el de amante nómada, que era donde más sobresalía su talento: por segunda vez, después de haber vuelto á la parte de padre, se había embarcado en una fantástica aventura, tentadora para su temperamento de cómico exaltado siempre ansioso de las tablas, ávido de exhibición, de dar en espectáculo sus amores, sus querellas, todo lo que formaba su ruidosa personalidad, toda la exterioridad de sus actos.

Era un hombre público en toda la acepción de la palabra, no dejaba á nadie ignorar el menor de sus gestos. Cansado de vagar lejos de su público ordinario, de sentirse fuera del alcance de las miradas de la muchedumbre, admiradora de las alabanzas y censuras de que era objeto, y en que se complacía por igual su instinto de luchador de parada; había vuelto con Marta á París, seguro de

que todo el mundo se ocuparía de él. Conocía á los papanatas que gozan en aplaudir á los hábiles prestidigitadores.

Durante dos meses estuvo paseando su conquista por todos los lugares de placer, exhibiendo sus amores con aquella impudencia que le acarrea siempre gran éxito. Pero comenzaba á estar cansado de la joven, cuya incesante melancolía durante el destierro que él le impusiera, le había encantado al principio como un homenaje á su fuerza, como un signo de cariñosa sumisión.

Se había complacido en seguir en ella las fases de aquel extrañamiento, en agravar las nostalgias de Marta, haciéndola internarse en comarcas cerradas, donde no era posible encontrar nadie que les recordara su pasada vida. Sin embargo, el poeta no podía acomodarse á esta perpetua ternura resignada; no le gustaba dormirse en los techos del amor; una vez recolectada la cosecha, abandonaba los campos en que la sembrara.

La misma fogosidad de Marta Dayel, sus apasionadas caricias, el absoluto abandono con que ella se le había entregado para siempre, le irritaban, porque sentía que, á pesar suyo, le imponían un deber. Soportaba la carga con impaciencia, resuelto á arrojarla de sí tan pronto como se hiciera demasiado pesada.

La vanidad de su triunfo sobre el marido le

había llevado á mostrarse por doquier, escoltando á una mujer hermosa cuyo amor desinteresado aumentaba su gloria : gozaba también en chocar las ideas rutinarias, en exhibirse como hombre superior á las conveniencias vulgares, emancipado, por su talento y por la libertad de su espíritu, de la decenciatrivial, hecha para los pusilánimes y los sumisos.

Esta vanidad le había retenido algún tiempo más con su querida, aunque estaba ya saciado de ella. La conocía ya demasiado para encontrarle el encanto de la primera época de su amor; y luego era demasiado suya; había perdido el atractivo de las cosas prohibidas y disputadas, y por eso precisamente, deseadas con más ardor.

Marta era demasiado sincera, demasiado parecida á sí misma en aquel amor en que nada de ella había quedado secreto. Se había entregado á Roberto Antoc, por entero, en cuerpo y alma, desde los primeros días, arrastrada imperiosamente hacia él por una fuerza inconsciente que había hecho presa en ella, y la impulsaba como el fuego activa una máquina de suyo inerte.

Sentía que Antoc se desprendía de ella, comprendía claramente que el poeta no la quería ya, que no la conservaba sino por el orgullo de su conquista, y por el embarazo para librarse de ella después de tantos esfuerzos para ha-

cerla suya. Y para retener al poeta, esforzábale en mostrarse bien diferente de aquella Marta dulce y bondadosa de otro tiempo. Aparentaba un entusiasmo ficticio, casi de niña, ante los placeres que proponía su amante, se enmascaraba de una alegría falsa que desdecía de su delicado encanto; pero á veces sentía pegársele á la piel aquella máscara, en una crispación de todo su ser que se rebelaba.

Se acusaba no ser para él lo que hubiera debido, de no haber sabido elevarse hasta las sublimidades de su alma, porque Marta continuaba seducida por él, admirando sus tumultuosas y altisonantes poesías, los ritmos de sus versos sonoros, y la ardorosa solemnidad de sus frases de amor en que engastaba las emociones que ella misma había sentido. Así continuaba queriéndole por su robustez de macho, por el sentimiento que fulguraba en sus ojos, por las rudas caricias en que él había devorado su nervioso cuerpo de rubia delicada.

Comprendió, sin embargo, que aquello tocaba á su fin, sintió el hielo de aquel amor, cuando en los periódicos leyó crónicas en que moralistas de bulevar predicaban al hijo pródigo la vuelta al hogar, y la dedicación al trabajo, de que saldrían nuevas obras. Uno de ellos afirmaba que el poeta

no podía pertenecer á una mujer; que el público, pendiente de sus producciones, era quien tenía derecho á poseerle; y maldecía á la bella que le robaba al fecundo trabajo, acusándola de apoderarse de una cosa pública, de confiscarla en su exclusivo beneficio. La mujer legítima (la que nada significa, suponía el sin duda) acogería al desertor arrepentido, y perdonaría, feliz al contemplar otra vez en el redil, á su pastor extraviado.

Otros filosofaban sobre las credulidades del amor, ó la trataban á ella, la mujer cándida y confiada, como una ladrona de cariños, como una de esas intrigantes que seducen á los hombres y los arrastran á las más peligrosas locuras. De este modo, ella, á quien Roberto Antoc había estado atrayendo durante meses, para cuya conquista había hecho él brillar toda la joyería de su ingenio; ella era la que lo había seducido, la que lo había robado al afecto de los suyos. Era preciso, aconsejaban los moralistas, desterrarla como á un vicio, como una diversión pecaminosa, á la cual no debía el poeta sacrificar su talento.

En todo aquello, veía ella frases rencorosas de Antoc, el desprecio, apenas disimulado, que á veces le mostraba, molestado por el mismo amor de ella; tan tierno, por las zalamerías con que le acariciaba. Él la acusaba de limitar su inspiración; de quitarle toda energía para el trabajo. Un día llegó

á decir á Marta que « le estaba robando el genio ». Á ella no le cabía duda, aquellas crónicas, firmadas por compañeros, amigos de Antoc, habían sido escritas bajo la impresión de conversaciones con él, para preparar el abandono; eran hijas de las confidencias de arrepentimiento vertidas por el poeta en los oídos de personas complacientes que servirían de intermediarios, al fin de aquella etapa á través del capricho, entre la vida independiente, el amor libre de trabas, y la situación regular, conyugal, con sus ventajas y sus comodidades.

Así es que, cuando Roberto, en el cuarto del hotel donde se hospedaban desde su regreso de Marruecos, le significó el fin de la novela, la ruptura, en breves frases de esas que la emoción impide contestar; ella se echó á llorar, sencillamente.

Y él se marchó de repente, sin retóricas en aquella ocasión (mientras ella se deshacía en llanto), dejando sobre un mueble cinco billetes de cien francos, como un honrado parroquiano después de una noche de placer.

Largó tiempo, no queriendo permanecer sola, abandonada, en aquel hotel, donde todo el mundo parecía al tanto de su aventura y de su desenlace, la pobre muchacha había andado vagando á través de las calles. Era un atardecer brumoso del fin de otoño, en el momento en que la niebla se salpica de las brillantes mariposas de los reverberos, ro-

deadas de un halo violáceo en que la luz artificial y la noche se mezclan indecisas. Iba andando entre la alegría de la gente, que apresuraba el paso, con la satisfacción del trabajo terminado, hacia el hogar donde esperaba el calor y el descanso hasta la tarea del siguiente día. Las carcajadas de las alegres grisetas que se contaban sus placeres, las juveniles alegrías con que se codeaba al pasar, contrastaban con su profunda tristeza; todos aquellos goces sencillos aceraban su desesperación, todas aquellas risas brotadas de lozanos labios hacían subir á sus ojos nostálgico llanto.

Véase tranquilamente sentada, bajo la pantalla de la alta lámpara, con un bordado entre las manos, y su hijita sentada á sus pies, jugando con la muñeca, entreteniéndose con chucherías; y sintió inmensos deseos de llorar, que reprimió por vergüenza de ser vista, de dejar entrever á los indiferentes, á todos los que corrían á aquellos goces, que ella había perdido por seguir al Otro, al canalla, su dolor profundo, la pena que la angustiaba, que le oprimía la garganta. Por fin, después de haber entrado en un pequeño restaurán, que vió casi vacío, sin haber podido pasar bocado, la infeliz se fué á acostar, no para dormir sino para llorar, en una habitación que tomó al acaso para aquella noche

## V

Marta Dayel no quiso detenerse en la incertidumbre de un porvenir dudoso. No era de las que, arrastradas por un primer error, caen de mano en mano, vendiéndose á sucesivos amantes. Por otra parte, comprendía demasiado cuán grande había sido su falta para con Dayel, el amante, el marido antes tan adorado, para que pensara en volver á conquistarle, á pedirle perdón, á seducirle á fuerza de caricias.

Le hubiera sido preciso humillarse ante él, y su orgullo, por grande que fuera su culpa, se rebelaba ante esa idea. Él la despreciaría demasiado, aun cuando consintiese en recibirla, en conservarla á su lado. Además, ¡no! ¡No era posible! Él había estado loco á causa de ella, y su presencia podría turbar de nuevo aquel espíritu todavía débil. Le mataría quizás, con semejante tentativa, le robaría la vida, después de haberle robado involunta-

riamente, por algún tiempo, la razón, al seguir al ingrato.

En verdad, Marta conocía lo suficiente á Dayel, para no dudar ni un instante de la posibilidad de una reconciliación, de la hospitalidad que él le concedería; pero una infranqueable barrera se alzaba entre ambos, hecha de sus orgullos, de sus dolores énemigos para siempre, irremediablemente.

¡No! Era imposible. La falta había metido demasiado ruido, demasiadas burlas y comentarios, demasiadas crónicas y ecos maldicientes habían aumentado y propalado el escándalo; por mucho que hiciese sufrir á Juan el verse privado de ella, el perdón resultaba imposible, aun cuando él mismo deseara la abdicación de toda dignidad en el amor. Acaso ella misma le habría despreciado si la acogía; y por nada del mundo se expondría á la vergüenza suprema de un rechazo.

## VI

En el populoso barrio en que Marta Dayel viviera en otro tiempo, antes del armonioso idilio, en aquella ruidosa calle del Temple, colmena de eterno trabajo, en que pasa la gente ocupada en incesante torbellino siempre renovado, había la joven alquilado dos piezas, en un bajo, con dos ventanas á la calle. Había amueblado aquella vivienda con lo más estrictamente necesario, su alcoba y su taller, y puesto, en los derrames de las ventanas, tablas para exponer sus trabajos. Había vuelto á su antiguo oficio, segura de encontrar en el trabajo de sus manos, el pan cotidiano y al mismo tiempo distracción á sus tristezas.

En aquel ambiente en que tanto tiempo había llevado, sola y sin ambición, una vida tranquila y laboriosa, olvidaría quizás sus desilusiones, y acabaría por no ver en su memoria sino sueños, ya encantadores y pintorescos, ya torturantes, como la

misma realidad á la cual, al fin, había despertado.

Marta pasaba laboriosamente los días arreglando cintas, disponiéndolas graciosamente en los sombreros que montaba, guarneciéndolos de terciopelo y seda, perlándolos de azabache ó de granalla de oro, que estaba de gran moda aquel invierno. Entre los cambiantes del raso y de las telas finas, colocaba alas de pájaros, animalillos prestos á volar, con frecuencia del color de sus pensamientos, sea que aquellas plumas matizadas de zafiro y esmeralda, de rubíes, de rosa ó de azuladas turquesas, se acordasen con los recuerdos que la menor cosa evocaba en ella á su pesar, sea que las perlas negras le pareciesen, á medida que las iba fijando en la fruncida tela, lágrimas derramadas sobre alegrías muertas para siempre, y un punto reaparecidas en su dolorido cerebro.

Lentamente, desfilaban entonces las escenas de otro tiempo, y pasaban, á modo de lejanas imágenes, ó de retratos de muertos queridos, el rostro dulce y pensativo de ojos soñadores del amante abandonado, á quien en el fondo no había cesado de querer, y la infantil carita de su pequeña pareja, tan rubia y tan amable; y ambas voces cantaban, como un llamamiento lejano, como el tañido de una campana que llega á oídos de un desterrado.

## VII

Aquel día, mientras Juan Dayel, sentado al piano, dejaba ir sus dedos á merced de la pasajera inspiración, sonó de repente la campanilla en la verja del jardín, en el que los árboles, desnudados ahora por la brisa invernal, extendían hacia el cielo gris sus negras ramas como descarnados brazos de mendigos que clamaran su frío y su miseria.

El campanillazo resonó como un eco en el pecho del músico, estupefacto ante aquel incidente, desusado á tal hora, desde que Ella se había marchado, desde que con su hijita se había encerrado él en la solitaria casa, al abrigo de las últimas rosas, ya deshojadas una á una.

La vieja criada entró tendiéndole una tarjeta.

— Ah, ¡que pase!

Una débil alegría iluminó sus ojos: ¡no todo el mundo le había olvidado! Alguien se acordaba del Juan Dayel de antaño, del artista popular, el vi-